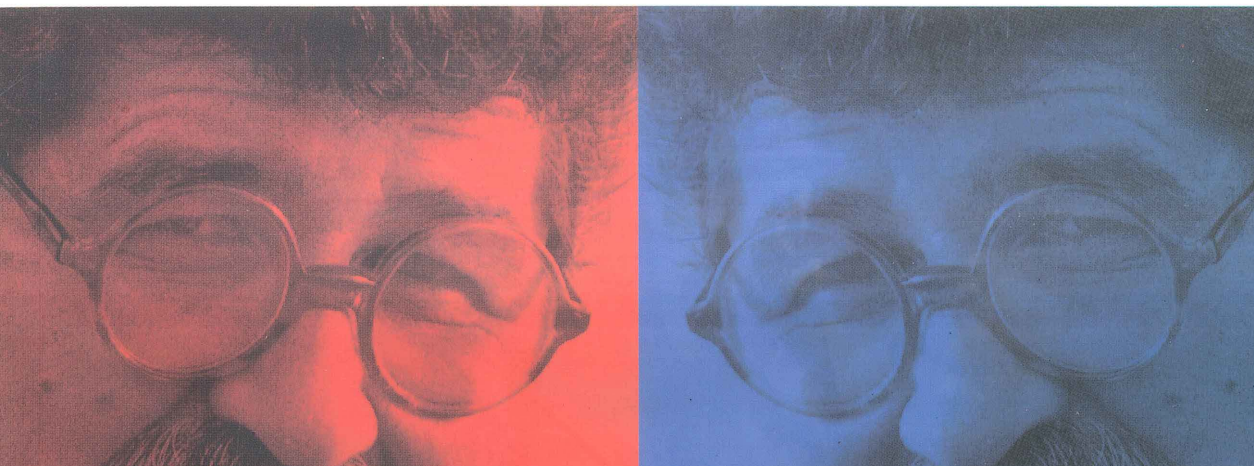


César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



Capítulo 47

LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia N° 1164, Lima 1
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-579-7
Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Nueva muerte de Bryce en Echenique¹

Adolfo Castañón

Permiso para vivir (Antimemorias) de Alfredo Bryce Echenique viene a sumarse al caudal memorioso, nostálgico, rencoroso, revisionista y humorístico que desde hace algunos años se encauza por las letras latinoamericanas a través de los libros como *Mea Cuba* de Guillermo Cabrera Infante, *El pez en el agua* de Mario Vargas Llosa, *Antes que anochezca* de Reinaldo Arenas, *El río-novelas de caballerías* de Luis Cardoza y Aragón, *Myself and others* (aún sin traducción al español) de Carlos Fuentes, las *Memorias* de Archibaldo Burns, *Ya nada es igual* de Emmanuel Carballo y las *Memorias dictadas* por Juan José Arreola a Fernando del Paso. Todas estas rememoraciones y ficciones retrospectivas —con la excepción de Cardoza y Arreola— pertenecen o se inscriben en el radio de unas generaciones perdidas en América Latina o fuera de ella en torno a los años sesenta y su secuela de emancipaciones públicas y liberaciones privadas, revoluciones y revelaciones y, al igual que las *Memorias* de Casanova, son potencialmente más interesantes por el circuito incisivo de sus reojos que por la exhibición impúdica de sus *affaires*. Si en Casanova estaba en juego la peripecia donjuanense en torno a la mujer, en estas memorias se trama otra seducción, la de la verdad, cuyas relaciones con el escritor no suelen ser menos complejas y caprichosas que con el género por excelencia, el femenino. Los hombres —ya se sabe— figuran ante sí mismos y ante las mujeres como neutros. Pero ante la verdad no siempre son muy hombres y se dejan corromper fácilmente por la opinión pública.

¹Alfredo Bryce Echenique: *Permiso para vivir (Antimemorias)*. Barcelona: Ed. Anagrama 1993; México: Ed. Cal y Arena, 1994.

En el caso de *Permiso para vivir*, las antimemorias escritas —el término es de él— por el antiprofesor peruano, Bryce-Brice-Briceño, Echenique-Ekenaiqui o Equenaiquí —Ecce Nickel— como pareo su pesadilla y confusión su nombre ha sido desfigurado en documentos, computadoras, boletos y recibos de pago; en el caso de Alfredo Bryce Echenique esas relaciones con la verdad representan el centro de unas evocaciones intermitentes alumbradas por la luz irregular del ingenio. La verdad —para quien cronopiáciamente ha decidido vivir la realidad como ficción y hacer de la vida el escenario-laboratorio de una experimentación a la par poética y existencial, literaria y vital— es un asunto delicado. No por nada en uno de los capítulos iniciales Bryce citará a Oscar Wilde en torno al arte de la mentira y lanzará algunas pistas en torno al poder de la defraudación —que es la revaluación ficticia— tanto como en torno a las verdades impías y las mentiras piadosas. Por ejemplo: «así como corrige las incomodidades de la naturaleza, la literatura corrige las incomodidades de la realidad» (*Permiso* 78). Esta corrección, esta reforma del entendimiento personal, se dará a su vez a través de la evocación de esa cadena de correcciones y reformas, de peripecias y accidentes derivados de una decisión nuclear: ser escritor y vivir en Europa, ser escritor profesional, es decir vivir de la ficción. Cuento de cómo llegó Bryce a ser, a vivir como escritor. Cuento de las fronteras, diligencias, aventuras, caminos, censuras e inquisiciones, inhibiciones, complejos, frustraciones y autoengaños que tuvo que vencer a fin de obtener definitivamente su *Permiso para vivir* como escritor. Decía Pascal que todas las desgracias del hombre provienen de querer salir de su habitación. En el caso de Bryce, la frase no podía ser más cierta, y lo veremos literalmente desgarrarse por conquistar en el mundo pero también dentro de sí mismo un espacio para sus papeles, para su oficio de creador de antiverdades. La historia de esa conquista es, más que la de una guerra, la de un desnudamiento y, en ocasiones, la de un desollamiento. Bryce a fuerza de desnudarse se despelleja, pero lo hace con tanto desprendimiento y tanta caballerosa capacidad de autocaricaturización que el ejercicio resulta no solo simpático y soportable sino también aleccionador, pues en esa cirugía de antimemoria veremos a Bryce comprometido con algo más que la fácil sátira y la banal caricatura en que puede caer el memorialista resuelto a hacer cuentas con la vida. Pues Bryce es, sobre todo, un escritor piadoso, un testigo que nunca pierde de vista ni de oído los lazos solidarios con esas vidas que ha decidido salvar aun contra sí mismas. Aunque ocupan una parte sustancial del libro, los permisos para vivir en el extranjero, la

comedia de las visas y los pasaportes no parecen ser el centro de su inquietud. Son más trascendentes los permisos que arranca a las autoridades contraculturales y sesentaiocheras que lleva en sí mismo en forma de amigos, lectores políticos y amantes. Esas autoridades contraculturales —ejemplo, la demente amante frígida cuyo libro de cabecera es el de Wilhem Reich sobre el orgasmo y la revolución— decidieron con el siglo instaurar en la vida la utopía, vivir en el mundo de la ficción de una sociedad supuestamente superior. La paciencia amorosa con que Bryce va desnudando a estos amigos de la humanidad y enemigos de su hermano y vecino —por ejemplo todos los episodios en torno a la inquisición revolucionaria constelada en torno a Cuba— hacen de las memorias de Bryce un libro auténtico. Es decir, ese es el sentido último de las tres unidades aristotélicas, *un animal vivo*.

Permiso para vivir podría compararse a la tercera parte del Quijote si Cervantes no hubiese decidido terminar el libro donde lo terminó. Las antimemorias de Bryce son el libro escrito por un hidalgo que ha recuperado la razón después de haberse enamorado de atroces dulcineas, de haber combatido gigantes que sólo eran rodillos con tinta roja de imprenta. El libro escrito por un hidalgo que ha recuperado la razón a tal punto que es capaz de hojear el álbum de la memoria como una divertida guía de descarriados escritores nómadas y prosistas andantes. *Permiso para vivir* tiene, además, otro valor, recapitula la historia de una literatura. No solo la propia —lo cual ya sería motivo para agradecer para la crítica genética— sino también la de la literatura latinoamericana en Europa en las postrimerías del *boom* o del *baby, junior boom*. *Permiso para vivir* permite leer a contraluz el mapa trazado por nuestros demonios en aquellas ciudades latinoamericanas llamadas París, Madrid, Barcelona y Montpellier.

Pero —cuidado con el perro— la historia, desde luego, no está concluida y ahora mismo corremos el riesgo de estar inventando, sin saberlo, uno de sus capítulos futuros.

A Bryce le gusta evocar —en el libro alude a él por lo menos tres veces— aquel episodio de su infancia cuando jugaba fútbol el primer tiempo en un equipo y el segundo en otro hasta que en un campeonato internacional lo juzgaron traidor por empeñarse en esa práctica. En la anécdota se trasluce algo más que una puntada ingeniosa y se manifiesta emblemáticamente lo que podría llamarse la ética bifásica o los dos tiempos de la moral que han metido a Bryce Echenique en tantos enredos por el simple y sencillo pecado de ser un liberal innato, un hombre nacido tolerante en un país —América

Latina, la Latinoamérica francesa e hispánica—hirviente de amigos inquisidores, de cavernarios progresistas, de fervorosos filántropos que negaban el saludo y autorizaban, como expone Bryce en la segunda parte de estas memorias, la publicación de obras ideológicamente correctas; hirviente de señores vagamente aristocráticos que sacaban y sacan el sanbenito de comunista a cualquiera que mostrara alguna simpatía liberal. Lo que encierra la anécdota pueril y futbolística de los dos tiempos es una verdad sencilla y terrible, el escritor, el artista es un jugador, un enamorado del ejercicio sometido a reglas, y el mundo no es sino, pura y llanamente, un campo de juego donde *a veces estamos de un lado y a veces del otro*. Las herencias in-fusas en la trama crónica y anacrónica tejida por Bryce en estos sub-venires y supravenires de sus memorias antinostálgicas, participan no poco de las ideas de Sartre. Pero encontraremos en ellas menos la influencia del abuelo Sartre sesentaiochero y anticolonialista que las del Sartre irresponsable que reivindica el juego y la imaginación, el ideólogo de la libertad como un oficio de vivir, un oficio cotidiano: «Mi vida entera —dice Sartre en *Les carnets de drole de guerre*— no ha sido más que un juego, a veces prolongado, fastidioso, a veces de mal gusto, pero juego al fin y al cabo, y esta guerra [...] no es para mí más que un juego. Lo real tiene para mí cierta consistencia que le da un aspecto de gelatina espesa y que, gracias a Dios, desconozco; he visto gente dispuesta a tragarse ese postre indigesto, y me ha producido horror».

Bryce no censura a quienes devoran esa gelatina, pero eso no quiere decir que él mismo se la trague.

En virtud de la definición de esos dos tiempos, no será un azar que *Permiso para vivir* esté escrita en dos partes: «Por orden del azar» y «Cuba a mi manera» ni tampoco que en cada una se retomen ciertas anécdotas —por ejemplo la de la proto-Maga Claude, la del telegrama doble de Casa de las Américas anunciando uno el triunfo y otro un premio de consolación, la de la millonaria del Rolls Royce que escupe vituperios sobre el Perú en una copa de champagne—, ciertas anécdotas, musicalmente vueltas a tocar pero en otra escala, con otro tono, desde el otro lado de la cancha. Para Bryce Echenique, nacido en Perú por la sangre y en Perugia por la letra, este juego está desde luego sometido a rigurosas e implacables leyes. Desde el exterior, los espectadores del crítico profesional de la profesionalización de la nostalgia solo advierten oralidad e hilaridad, ingenio, chistes, grotescas puntadas, parodias, sátira intermitente, todo el arco iris de la comedia y la ligereza, desde el *staccato* del sarcasmo

hasta el *andante maestoso* del arrepentimiento y la vergüenza. Sin embargo, ese juego de los dos tiempos está sometido a leyes implacables. Por que si el jugador abraza y comprende a su contrincante, si en verdad y en potencia somos siempre el otro y si el juego no es más que la forma pudorosa y mágica de hacer el amor con el mundo, entonces el juego es un juego sagrado y el jugador de los dos tiempos está invariablemente llamado al sacrificio, a arrancarse por sí mismo el corazón para elevarlo como una ofrenda hacia el sol blanco de la página. La gramática diacrónica y anacrónica que Bryce Echenique conjuga en este *Permiso para vivir* comprende, además, un astuto juego de las edades que nos hacen pensar en el autor y en su libro en términos de geografía. En efecto, en el país llamado Bryce Echenique existe una singular diversidad de culturas y edades, una convivencia de dos o más ciudades, de tres o más tiempos, una convergencia que puede alcanzar la promiscuidad, es decir la confusión, entre las historias. La cultura, la unidad de ese país llamado Bryce radica en las formas de convivencia y comunicación que se establecen entre esas diversas historias y edades, el diálogo que se mantiene entre el *angry* y *enragé* artista adolescente que se autorretrata, entre el Dorian Gray inmarcesible —autor del edénico Julius— y el trémulo *medium* literario que va dando tumbos por Europa en busca de una habitación propia, para realizar la secreta ceremonia de la autofagia, entre el impasible observador que es el árbitro de su propio juego —ese Bryce discretísimo que es el empresario del Woody Allen caricaturesco y caricaturizado, ese jugador que juega con el jugador— y el chivo expiatorio del ingenio que va trazando una nueva *carte du tondre*, una cartografía de la piedad entre la Lima cosmopolita y el París radical *chic*, provinciano.²

Subversivos *souvenirs*, los de Bryce Echenique juegan con la memoria, reescriben la historia desde una memoria del futuro, es decir contra la nostalgia, porque este hijo pródigo sabe que la única forma de conjurarla, de que ya no duela el retorno es regresar una y otra vez hasta que —recuerdos de otros recuerdos— la memoria se disipe en la imaginación y sea la ficción el único pasado, la única vida —como quería Proust, el autor releído por Mamá Echenique— «verdadera y alcanzada

² El diálogo que establece en el purgatorio de la página entre los infiernos ideológicos y los edenés clausurados de la infancia, entre la sobriedad y la ebriedad (por cierto, podemos decir que Bryce ha usado la droga blanca del alcohol, pero nunca se ha embriagado con las drogas duras de la ideología y la verdad coyuntural). El diálogo entre los puntos de vista y los puntos de oído.

al fin, la única vida realmente vivida». Así Bryce conquista su *permiso para vivir*, se gana la letra a letra en estas antimemorias estratégicamente anacrónicas y anticlimáticas, el derecho a nacer otra vez y con otra voz, con otras voces. *Permiso para vivir* o un largo y divertido adiós a todo eso. Aunque las líneas paralelas de este *Tantas veces Bryce* solo se tocan en el infinito, avanzan al ritmo de la misma música, el brío barroco se transforma en *andante*, en *moderato* Echenique. Apaga y vámonos porque ya salió el sol.

[*La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* 290 (febrero 1995): 21-23]